

LA VEJEZ, DRAMA Y TAREA

*Comunicación del académico de número Santiago Kovadloff,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 23 de setiembre de 2015*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de abril de 2016

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2015 / 2016**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. RODOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protosorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET.....	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín
Monseñor Héctor AGUER	10-09-14	Ángel Gallardo
Dr. Horacio JAUNARENA.....	10-09-14	Mariano Moreno
Dr. Luis Alberto ROMERO	10-09-14	Nicolás Avellaneda

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Carlos María BIDEGAIN

Dr. Hugo O. M. OBIGLIO

Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA

LA VEJEZ, DRAMA Y TAREA

Por el académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF

I.-

Las consideraciones que siguen no son aún las de un anciano. Lo serían, sin duda, de haber estado escritas en tiempos de Cicerón, de Erasmo, de Montaigne. Tengo setenta y dos años. La expansión del promedio de vida, lograda en el siglo XX, me ha favorecido. Se han desplazado las fronteras tradicionales que establecían las edades del hombre. A lo que todo indica, para empezar a ser considerado un anciano, se requieren hoy unos ochenta años. Cuento, pues, con algo más de un lustro de tolerancia. La ciencia, aliada al convencionalismo, puede, a veces, llegar a ser generosa.

No obstante, la vejez ya me inquieta. Su sombra se proyecta sobre mí y no puedo desconocer, al mirarme, que su presencia asoma en mi figura. Una presencia que, como lo irán proponiendo estas páginas, bueno sería que no fuese sólo la suya ante cada uno de nosotros, sino también la de cada uno de nosotros ante ella. Y no en el umbral de la vejez, como en mi caso, sino en los años mozos. Pensar en lo que todavía no nos ocurre bien puede significar

ocuparnos de lo que nos atañe. No se trata tan sólo y ante todo de ser previsores. Se trata de algo más esencial. De una mejor disposición, diría yo, para habitar, hasta donde se puede, lo ineludible. La cercanía de lo ineludible.

La vejez está en nosotros. Somos nosotros. Es una realidad que nos atañe. A cada cual y desde siempre. Y que, en un momento dado, ya no se deja soslayar. Ella es, de pronto, lo que nos pasa. En esa medida, nos fuerza a encararla. Nos impone como nuestra su verdad. “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” –advierte Pavese–. Pero antes, nuestros ojos suelen ser los de la vejez. Al obligarnos a reconocerla en nuestro semblante y nuestro cuerpo, ella nos prueba hasta dónde estamos involucrados en lo que significa. No obstante, este reconocimiento no implica una identificación. No hay equivalencia. No hay resignación. Algo en nosotros se resiste a ser lo que nos pasa. A consistir en lo que nos sucede. Se trata, por eso, de un extrañamiento y, como tal, de una revelación. De un acontecimiento, en suma, en el que sin perder por entero la familiaridad con nosotros mismos, no podemos dejar, pese a ello, de sentirnos otro que aquel que protagoniza lo que nos ocurre. La verdad de lo que nos ocurre no pareciera decirlo todo de nosotros. Y sin embargo, ahí está, rotundamente, esa verdad. La verdad de lo que nos sucede. Una terca suposición hasta allí vigente –la de que no envejecemos–, un buen día se desploma. Lo que, empecinada y ciegamente, ella aseguraba, de golpe ya no resulta evidente. Se ha resquebrajado, no se sostiene. Ha dejado de ser indudable. Algo, en el espejo en el que nos veíamos idénticos, ya no está allí. Esta disonancia súbita nos llena de perplejidad y nos colma de desconuelo. Es la tristeza de verse envejecer. La pena de advertir que esos rasgos que aún son los nuestros, no son ya tal como hasta entonces presumíamos. Como un barco que de a poco se aparta del muelle y empieza a desdibujarse en la distancia, así hemos comenzado a partir, a apartarnos, de nosotros. La proximidad de lo ineludible ha empezado a hacerse oír en nuestro cuerpo.

Cecilia Meireles supo registrar esta emoción: “*Yo no tenía este rostro de hoy,/ tan calmo, tan triste, tan delgado,/ ni estos ojos tan vacíos,/ ni este labio amargo.// Yo no tenía estas manos sin fuerza,/ tan detenidas y frías y muertas;/ yo no tenía este corazón/ que ni se muestra.// Yo no advertí este cambio,/ tan simple, tan cierto, tan fácil: / ¿En qué espejo se perdió/ mi imagen?*”¹

No menos inspirada es la caracterización en prosa que de esta vivencia logró Vladimir Jankélévitch: “*Del mismo modo que el indiferente descubre de súbito la personalidad de un vecino al que venía saludando descuidadamente desde hace años, o como el paseante se vuelve de pronto sensible a la belleza de una plaza que atraviesa todos los días sin siquiera mirarla; así como ese paseante, sobre ese paisaje visto mil veces, echa de pronto una mirada nueva, así el hombre que envejece se da cuenta un buen día de la cruel realidad; una mañana cualquiera descubre ese rostro arrugado que es el suyo y que hasta ese día observaba distraídamente; pensativo, examina con cuidado la señal precursora; contempla en silencio los pliegues del rostro como si nunca los hubiera visto antes, ¡como si los viera hoy por primera vez! Y efectivamente descubre la verdad, en cierto modo por primera vez... redescubre a su turno y por cuenta propia aquello que los hombres sabían desde siempre...*”².

En el mundo moderno, la vejez ha dejado de ser un problema social inabordable. Pero ha pasado a ser un incontenible pesar metafísico. Su consideración de fondo sigue siendo muy pobre. El progreso, antes que a suprimir ese pesar, sólo contribuye a reconfigurarlo sin afectar su vigencia. Y lo digo consciente de que son muchas las dificultades acarreadas por el envejecimiento que han sido aliviadas por la ciencia y resueltas por la técnica.

¹ Cecilia Meireles, “Retrato”, del libro *Viagem*. Poema incluido en *Las voces solidarias. Antología bilingüe de la poesía brasileña contemporánea*, de Santiago Kovadloff, Calicanto, Buenos Aires, 1978, p. 75.

² Vladimir Jankélévitch, *La muerte*, Pre-textos, Valencia, 2002, p. 202.

Otras dificultades, no obstante, han aparecido. Algunas, incluso, a consecuencia de esos mismos avances. Y hasta hay dificultades relacionadas con la vejez que, existiendo desde siempre, se han agravado, sobre todo en el siglo que acaba de concluir. Valen, en este sentido, las palabras de Sebastián Ríos: *“Llevado al extremo de la irracionalidad, el esfuerzo de la medicina por preservar y cuidar la salud de las personas ha demostrado que es capaz de volverse en contra de aquellos a quienes pretende proteger. Cuando los médicos se empeñan en extender la vida aun más allá de las posibilidades fisiológicas y del deseo de sus pacientes aparece lo que se ha dado en llamar el encarnizamiento terapéutico.”*³

Llegar a viejo hace mil años era poco menos que imposible. Hace cuatrocientos, más que improbable. La muerte terminaba con la mayoría de los hombres al cabo de cuatro décadas, cuando no de tres. Hoy, en cambio, llegar a viejo es usual. Sobre todo en ese mundo abastado y operativo que conforman el Japón, Europa Occidental y los Estados Unidos. Ello, sin embargo, no significa que la vejez sea mejor comprendida donde más atendida está. Ahora los viejos acumulan años pero la vejez no cuenta con mayor sentido.

*“El avance científico básico y sus aplicaciones tecnológicas –afirma el doctor Gherardi– han permitido a la medicina logros y metas impensadas hace apenas 50 años, pero también han transmitido a la sociedad un mensaje de omnipotencia que tiende a olvidar que la muerte es siempre el fin de la vida.”*⁴

En tiempos pretéritos, bien se lo sabe, los viejos gozaron de gran estima. Más cerca de nosotros, ese privilegio se fue desdibujando. En un escenario poco expuesto al cambio y siempre lento para incorporarlo, los muchos años cursados aseguraban idonei-

³ Sebastián Ríos, “Cuando prolongar la agonía no ayuda a vivir”, *La Nación*, Suplemento “Enfoques”, Buenos Aires, domingo 6 de octubre de 2002, p. 1.

⁴ Sebastián Ríos, ob. cit.

dad en materia de experiencia. Ser viejo equivalía a saber, y a saber lo que importaba. Eran tiempos en los cuales el transcurso de los días no acarrearba novedades. Nada ni nadie jaqueaba el conocimiento ancestral. La monotonía era el fundamento de su solidez, el sustento de su suficiencia. Cuando un viejo se pronunciaba, la sabiduría se dejaba oír. Su prestigio no era gratuito. Estaba asentado en una verdad no desmentida por el tiempo. Luego ocurrió el desajuste. La catástrofe tuvo lugar. El aura del hombre añoso naufragó con las creencias que le daban sostén. Lo imprevisible se impuso, exigió transformaciones. Las respuestas disponibles, tradicionales como eran, no supieron remontar el descrédito. Tras haber sido un hombre superior, el viejo pasó a ser un hombre superado. En él no se vio entonces más que la terca insistencia del pasado, lo pasado. ¿Escucharlo para qué? Y si, aun así, se empecinaba en hablar, cabía silenciarlo. Florecieron lo novedoso y lo juvenil. Empezaron a imponerse, fueron celebrados. Se los caratuló como lo indispensable. El conocimiento, lo que implicaba, fue redefinido. Ahora quería decir estar al tanto de lo no sabido hasta allí. La disposición y la aptitud para innovar dejaron de ser profanas. Una y otra conquistaron un estatuto social inédito. La voluntad transformadora ya no fue sinónimo de transgresión, menos aún de insensatez. Todo lo contrario: se convirtió en virtud. Dédalo, el inventor, demuestra, como figura mítica, el consenso ganado por la facultad de imaginar y crear. El prestigio que rodeó al talento para introducir lo insospechado. Lo insospechado y no obstante, propicio y rendidor. De modo que, tras haber sido figura estelar, el viejo debió replegarse. Primeramente, hacia roles de reparto. Después, hacia el papel de mero espectador. El drama de la lucha por la vida ya nada requería de él. Su anonimato cundió. Y con el anonimato, su insignificancia. Había, pues, que replantearse su sentido comunitario. ¿Un viejo qué es, qué vale? ¿Qué puede contarnos de nosotros ése que ya no cuenta con ninguna autoridad?

Se trata, en el fondo, de una crisis ética. Ética y ontológica. Su densidad metafísica se ve constantemente subvaluada. De que así sea se encarga el imperativo de proceder, en lo que a él respecta, exclusivamente con eficacia clínica. El drama metafísico se acalla bajo el recurso de los cuidados paliativos. Aun así lo postergado irrumpe cuando menos se lo espera. Lo marginado insiste y vuelve. Y lo hace con una intensidad equivalente a la fuerza con que se lo reprime. Lo insoluble tiene algo que decirnos. Y cava en nosotros hasta lograrlo. Hasta que, por nuestra propia boca, se hace oír.

II.-

Tampoco el hombre de mucha edad sabe qué hacer consigo. Rara vez logra sobreponerse al peso de la verdad que lo constituye. Lo abruma el íntimo dolor de ser quien es. Así, a su intrascendencia social se le suma la autodescalificación. La herida sin remedio que le imponen sus propias imágenes, las sensaciones y sentimientos que ya no le permiten reconocerse en lo que presume ser. Ese yo que insiste en afirmarse como quien ya no es, se sabe, no obstante, brutalmente inscripto en el hombre marchito cuya figura contempla. Dos testimonios de ello. El primero data del 27 de enero de 1771. Esta fechado en París. Es una carta de Madame Dudeffand enviada a su amigo Horace Walpole, literato inglés:

“Es necesario que hagamos una confesión, mi espíritu se debilita, se fatiga, se cansa; ya no tengo memoria; ya no soy capaz de participar en nada; apenas hay algo que me interese; vivo disgustada de todo; me parece que uno no ha nacido para envejecer, es una crueldad de la naturaleza condenarnos a la vejez; comienzo a hallar mi situación insoportable. Yo he tenido gatos,

*perros, que han muerto de vejez, y se ocultaban en los agujeros y tenían razón. En situaciones así nadie quiere mostrarse, dejarse ver, cuando se es un objeto triste y desagradable.”*⁵

El segundo testimonio, un poema, lo atribuyó Pessoa, a principios del siglo XX, a su heterónimo Ricardo Reis: “*Ya sobre la frente vana se me encanece/ el cabello del joven que perdí./ Mis ojos brillan menos./ Ya no merece besos mi boca. / Si aún me amas, por amor, no me ames:/ Me traicionarás conmigo.”*⁶

En un medio donde el tiempo sólo importa como objeto de dominio, es explicable que se margine a quien evidencia que el tiempo ha podido con él. Sus huellas –las del tiempo– son la lepra de la época. El envejecimiento y la muerte, entre nosotros, no están meditados. Se los concibe, a lo sumo, como materia de administración. Geriátricos, cementerios y mausoleos así lo prueban. Se me dirá que no es poco, y es cierto. Pero aquí se trata de otra cosa. Se trata de ver lo que tanta diligencia encubre. Donde importa el hombre como significativo su exclusiva consideración biológica soslayará lo esencial. La finitud concebida como imposición indoblegable no llega a ser interrogada. ¿Cómo va a admitirse su estatuto de dilema decisivo en un mundo donde sólo reina la voluntad de desterrarla? Concebidas como manifestación de ese poder irreductible, la vejez y la muerte están desatendidas aún allí donde más atención se les presta. No hay lugar para ellas como expresión de lo inelaborable. Nuestra ciencia y nuestra técnica no se sienten interpeladas por la evidencia de que ser sujeto también quiere decir saberse sujeto; saberse acotado por la ley, por un límite estructural no apenas coyuntural. Es esta imposición legal trascendente lo desoído por nuestra cultura. Eso cuyo efecto sobre la subjetividad no se está dispuesto a considerar sino “prácticamente”. “*Aquí está el*

⁵ Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004, p. 351.

⁶ Fernando Pessoa, *Fições do Interlúdio*, “Odes de Ricardo Reis”, Assírio e Alvim, Lisboa, 1998, p. 203.

corazón del hombre para ser medido” –escribió Saint-John Perse.⁷ La vejez es lo incurable; lo inaceptable en una cultura que pretende remediarlo todo, hacer de todo algo funcional.

Escribe Vladimir Jankélévitch: “*La vejez es la enfermedad de la temporalidad y por consiguiente es a la vez normal y patológica. ¡La vejez es la anomalía normal en el mismo sentido en que la muerte es la enfermedad de los que tienen buena salud! Ahora bien, esta enfermedad metafísica y no localizada, precisamente en razón de su carácter difuso, es una enfermedad incurable: se la puede retrasar o lentificar, frenar aparentemente su evolución, pero no se puede invertir un proceso que sigue siendo en todos los casos inexorablemente progresivo*”.⁸

En sociedades que presumen estar integradas nada más que por creadores, tanto de bienes como de sentidos, se repudiará necesariamente la condición de criatura. Ella remite a un orden de sujeción ontológica que escapa a todo control social. Nos habla de una legalidad que no reconoce al hombre como amo. Esa autonomía de lo indoblegable nos interroga, nos acota, nos acecha. Nos acosa, sin pausa por más que nos empeñemos en burlar su asedio. ¿Cómo no va a ofender a la conciencia esencialmente “emprendedora” de la Modernidad esta dimensión indómita de lo real que tan centralmente nos atañe? La vejez es lo irremediable. Y lo es en un mundo secularizado donde morir no implica más que disolverse en la pura exterioridad. Dado que nuestra cultura rehuye el trato con lo que no se deja inscribir por entero en la significación y pretende administrarlo todo, la vejez, para ella, no puede sino constituir una provocación desesperante. Es agravante por lo que tiene de indómito. A través de la vejez, el destino le habla a una voluntad de poder sorda a su propia pobreza y que, a fin de sostenerse en la autoidealización, ha reducido el estatuto de lo incontrolable a

⁷ Saint-John Perse, *Crónica*, Fabril Editora, Buenos Aires, p.

⁸ Vladimir Jankélévitch, ob. cit., p.182.

un obstáculo en el mejor de los casos circunstancial. Sin embargo, a medida que la vejez multiplica en nosotros, los modernos, las huellas de su invulnerable fortaleza, nos vemos forzados a admitir lo que tanto empeño se ha puesto en subestimar: la impagable hipoteca contraída por el hombre con la fatalidad. Que el hombre no pueda sustraerse a su condición de objeto del tiempo, tal como lo atestigua la vejez, es algo que nos afecta donde más nos duele: en la presunción de nuestra supremacía.

Envejecer es emprender el trayecto de retorno desde la cultura que nos personaliza hacia la naturaleza que nos cosifica. Envejecer es encaminarnos por la senda progresivamente hostil de un cuerpo que se marchita y de una conciencia que se sabe protagonizando su decadencia. Al extremarse la edad, el gobierno de nuestras vidas por parte de la cultura se debilita, cede, pierde idoneidad. El alcance de sus disposiciones empieza a verse más y más restringido. Hay un momento en que el anciano se reconoce en lo que le sucede. Sabe, advierte, que esa cultura en retirada es él mismo. Que él es esa naturaleza en anárquica expansión, ese progresivo desorden que lo destituye como persona. Pero, paradójicamente, al reconocerse como un gradual desconocido, afirma, todavía, la fortaleza de su identidad. Aún somos profundamente humanos cuando advertimos que vamos dejando de serlo. El hecho de poder interrogar nuestra significación en retirada es una manera de afirmarla, es aún inscripción en la cultura.

Lo digo una vez más. No se trata aquí de renegar de los avances logrados en el campo de los cuidados clínicos, ya sea preventivos o paliativos, ni de los adelantos alcanzados en materia social con respecto a la vejez. Se trata, sí, de entender que también respondemos a las demandas de la vejez para acallarla. Para amordazar lo que en ella hay de intratable y no oír lo que ese núcleo intratable se empeña en decirnos del hombre. De su errancia, de su trágica impotencia. De su destino de significativo desprovisto de significado último.

Dice bien Améry: “*Hoy como ayer creo que hay que hacer socialmente todo lo posible para aliviar las penosas circunstancias de las personas que envejecen y de las ya ancianas. Y, al mismo tiempo, insisto en mantener que todos los esfuerzos en esta dirección, nobles y muy estimables, tal vez aporten algo de alivio –es decir, actúan como analgésicos inocuos–, pero no pueden cambiar o mejorar sustancialmente el trágico infortunio del envejecimiento*”.⁹

Subrayo: “el trágico infortunio del envejecimiento”. Es precisamente lo que hay de trágico en ese infortunio lo que explica el repudio feroz que nuestras sociedades manifiestan por la vejez. Estamos sustancialmente reñidos con lo trágico. No podríamos, en consecuencia, sino estar enemistados con las enseñanzas de la vejez. Incluso en la terminología usual se dibuja el afán de rehuir la realidad del envejecimiento. No suele decirse *viejo*, sino *hombre mayor*. No suele decirse *vejez*, sino *tercera edad*. Ni siquiera los cementerios deben ya pasar por tales. Se los concibe y ejecuta como auténticos jardines donde la gravedad de la muerte se maquilla de placidez. Ni el moribundo ni el enfermo terminal, tienen derecho a reconocerse como tales. Envejecer y verse obligado a morir se convierten, a la luz de estrategias escapistas y subterfugios encubridores, en imperativos devaluados. El mandato social determinante es simular que no sucede lo que nos pasa. Si ya no se es joven se debe, no obstante, aparentar que se lo es. Todo, desde la indumentaria hasta la propia piel, tendrá que evidenciar que así se lo ha entendido. El tiempo no debe dejar huellas de su paso. El hombre no debe ser un indicio del tiempo. La orden es creer y hacer creer que con uno el envejecimiento no ha podido. Si no somos indemnes al paso de los años debemos actuar como si lo fuéramos.

No es, pues, al viejo a quien hoy se lo elimina de la manera cruenta en que se lo hacía en ciertas sociedades del pasado. Es la

⁹ Jean Améry, *Revuelta y resignación. Acerca del envejecer*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2001, p. 14.

vejez como tal la condenada. Ella, la evidencia de un hecho metafísico del que se reniega. Hechas a un lado las notables excepciones, la vejez no es otra cosa, para la mayoría de los hombres, que una despedida que se prolonga en la pasividad de la espera.

Ahora bien: ¿es ello imprescindible? No, a juicio de Vladimir Jankélévitch: *“La vejez es un modo de ser como la juventud y la edad madura; y este modo de ser sólo es deficiente para una sobreconciencia sinóptica, y a condición de comparar, de medir o de juzgar desde fuera; vivido desde dentro, el presente senil no está más vacío para el hombre anciano de lo que está el presente juvenil para el hombre joven: tiene solamente otro cariz, otro ritmo, otro tiempo; una tonalidad diferente. Y lo mismo que el jubilado tiene los placeres del jubilado, hace proyectos de jubilado, busca distracciones a su medida, lo mismo que los enfermos en los hospitales saborean los pequeños placeres de hospital y las atenciones de hospital, así el anciano se instala y se arrellana en su manera de ser anciano, en su presente senil; y ese presente senil, a pesar de ser vivido en cámara lenta, es un presente viable y completo y, en su género, perfecto como todos los presentes; el presente senil se basta a sí mismo tanto como el presente adulto”*¹⁰.

Hay, pues, una erótica de la vejez que se encuentra en las antípodas de la resignación y de lo burdo. Es otra conformación del goce de la vida. De ese goce que, según Jankélévitch, puede ser codiciado y obtenido en la vejez. Sin embargo, los parámetros vigentes de lo que cuenta con valor y es digno de vivirse, excluyen la actitud contemplativa, detestan la lentitud y el recogimiento y no ven más que impotencia en el silencio compartido. En consecuencia, las propuestas específicas de la sensualidad senil pierden todo relieve. El reduccionismo une su voz a la del prejuicio y ambas condenan la vitalidad del anciano al ridículo. Pero el hecho, insiste Jankélévitch, es que el viejo habita la vida con la plenitud

¹⁰ Vladimir Jankélévitch, ob. cit., ps. 195 y 196.

que le es propia. No necesariamente lo consume la avidez por lo perdido, ni se agota en la nostalgia del pasado. El anciano bien puede saber ir en busca de lo que despierta su interés específico. Pero ese habitar la vida a su manera no será valorado ni comprendido en su fecundidad por parte de quienes dudan que él sea posible, sin un replanteo del propio punto de vista. Sin un descenramiento que no puede originarse sino en la disposición hacia la alteridad. La condena a envejecer, el tener que terminar marchito, puede también convertirse en un proceso de gradual y relativa adecuación satisfactoria al paso del tiempo. Constituye, en este sentido, un tránsito hacia una posibilidad y configuración inéditas del goce de vivir y no una mera desaparición de modalidades y recursos previos. Es en este nuevo marco perceptivo donde corresponde inscribir como conjunto el sentimiento de la propia vida cumplida. La vida entendida como “un conjunto”, según la designa Jankélévitch, sólo irrumpe como tarea a ser realizada cuando se advierte que la responsable de esa tarea es la evocación reflexiva. Sólo se recorta como procedimiento creador posible cuando el hombre de edad reconoce su ancianidad afirmativamente. Y ya no con melancolía, como alguien en quien la juventud y la madurez, al extinguirse, lo han despojado de todo sentido.

III.-

Que a la vejez no se le reconozcan valores propios, que el ir concluyendo una vida y el hecho de protagonizar esa conclusión, no deparen a quien lleva a cabo semejante travesía ningún desafío creador, es cosa que invita, más allá de la indignación, a la sospecha.

¿Es que acaso no advertimos que nos deshumanizamos y deshumanizamos la vejez al convertir al anciano en mero objeto

de cuidados y a nosotros en “expertos” en problemas de ancianidad? La formación, la capacitación del viejo, su derecho a aprender y crecer hacia una mejor comprensión de su experiencia propia, nada pueden importar donde tanto se teme el paso del tiempo y lo que el desconsuelo del anciano tiene de justificado ante lo irremediable. A lo sumo, nos consagramos a entretenerlo y a hacer lo posible para que olvide lo que de veras le sucede. No se lo quiere como protagonista de su vida. Por lo demás ni sus vivencias ni sus ideas, en el caso de que pudiera y supiera comunicarlas, cuentan ya con la posibilidad de incidir de algún modo sobre la orientación del saber circulante. Huérfano de toda significación positiva, el viejo tiene hoy función residual. Su lugar, en consecuencia, no puede ser otro que el rincón del escenario. Su testimonio, si se lo disocia de la expresión del puro padecimiento, no encuentra credibilidad ni en verdad despierta interés. Tratamos de no ver en él nada que nos hable de nosotros mismos ni de proceder con relación al anciano de tal modo que él pueda reconocerse en nosotros. Condenado, en el mejor de los casos, a recibir una atención que sobreactúa su importancia, se lo confina al silencio incluso allí donde parece que se lo escucha. Llega, así, a convertirse en un extinto en vida. “No puede imaginarse nadie cómo es esta espera de nada” –confiesa una mujer de ochenta y cinco años. “No se puede. Y yo no lo sé decir. Sólo quiero llorar”¹¹.

“En una sociedad donde todo se compra y se vende –recuerda Norberto Bobbio– la vejez puede convertirse en una mercancía como las demás”¹². ¿Y qué otra cosa sino esto dicen tantos sitios en que los viejos, con o sin familia, son depositados? La depositación no implica, necesariamente, abandono o desvinculación familiar, sino subestimación de una problemática filosófica encar-

¹¹ Norberto Bobbio, *De Senectute*, Taurus, Madrid, 1997, p. 36.

¹² Norberto Bobbio, ob. cit., p. 35. Es oportuna, a este respecto y una vez más, la palabra de Jean Améry (ob. cit., p. 90): “La misma sociedad que aniquila al que envejece a base de colocarle la camisa de fuerza de un ser inamovible o le expulsa del proceso económico, le exige consumir su vejez del mismo modo como consumió ya su juventud”.

nada por el anciano y para el trato con la cual nuestra cultura no nos capacita porque no la puede tolerar.

Lo usual, en esa cultura, es que el anciano sea el hombre en quien se estima que la instancia del futuro está agotada. Él mismo así suele creerlo. No le sucede, pues, lo que le pasa, sino es como limitación y padecimiento; no advierte lo que le ocurre porque no dialoga con lo que le ocurre. Para ese diálogo hace falta tomar la palabra. No puede, por lo tanto, el anciano vertebrar como proyecto la sucesión de sus días. El pasado, concebido como vivencia de lo perdido, ejerce el monopolio brutal de su emoción. Está hipotecado en lo que ya no es. Inmovilizado ante el espectáculo de lo que ya no es. Perdido en todos los sentidos del término. Este empantanamiento ante lo sido es lo que, sin embargo, puede llegar a modificarse. Se trata de aprender a volverse hacia el ayer desde otra percepción del presente propio. Se trata de pasar de la condición residual a la creadora, que también es posible en la vejez. La nostalgia y la disconformidad ante lo perdido no tienen porqué serlo todo. Es factible encarar de otra manera el ayer. Es posible encararlo con expectativa, interrogarlo, explorarlo. Solicitarle una verdad sobre el ser propio que, hasta ese momento de la vida, no puede concebirse, imaginarse ni alcanzarse. Es la que sólo llega a ofrecer una vida cuando se la interpreta como conjunto eventual, es decir como manifestación de una verdad que palpita en la temporalidad cumplida. Como otra cosa que pérdida, que extenuación, que resto. Esta revelación es un privilegio de la vejez. Un privilegio hacia el cual rara vez tendemos. Hay en su transparencia una luminosidad que en parte hiere y abrume. Es dolor. Pero también libera y faculta; constituye y no sólo destituye. Habilita y no sólo inhibe. Que también es sufrimiento. De modo que el pasado, que por una parte abarca ya poco menos que todo, no ha dado sin embargo todavía su fruto medular. Aún no ha ofertado su realidad de conjunto; ésa que ahora puede llegar a constituirse, en la vejez de cada cual y como materia de interpelación y trabajo, en la textura

de un nuevo porvenir. Ya no el que consiste en lo que todavía no nos ha ocurrido, sino el que resulta de una nueva manera de relacionarnos con nuestro pasado, de un nuevo saber sobre él. Se trata, quiero decir, de reelaborar nuestra experiencia del tiempo. Del tiempo tal como nuestro cuerpo la tramita, condicionado por la cultura que le infunde o lo priva de significación. Nadie, creo yo, ha descrito la materia prima de este empeño posible como Jean Améry. “*El tiempo está siempre en nosotros, del mismo modo que el espacio está en torno de nosotros. [...] Reencontramos el tiempo (como lo que nos constituye) en el envejecer. [...] El pasado está y permanece. El presente y el futuro, en cambio, pierden su carácter temporal. [...] Todo esto sólo es descubierto y comprendido por el individuo que envejece, porque ya, razonablemente, no espera. [...] Tiene tiempo, y aún más, es, ante todo y sobre todo, tiempo. [...] Cuanto menor es el tiempo que [...] consideramos tener por delante de nosotros, tanto mayor es el tiempo en nosotros. [...] Ser viejo o incluso tan sólo percibir que se envejece, significa poseer el tiempo en el cuerpo y en eso que concisamente podemos denominar alma*”¹³.

Se trata, entonces, de restituirnos tiempo. Tiempo como lo no estancado. Tiempo como aquello capaz de fluir hacia nosotros y en nosotros. Se trata de proceder de tal modo que el tiempo deje de ser aquello que únicamente acumulamos en nosotros (materia inerte) y pase a reconfigurarse como energía (materia dinámica) de que disponemos para proseguir en la vejez la construcción de nosotros como lo que en ella somos: ancianos. Estancado en nuestro cuerpo, el tiempo es veneno para el alma. No tramitado, detenido, deja de ser lo que nos constituye para convertirse en lo que nos destituye. Nada más que en lo que nos destituye. Su paso ya no nos implica como sujetos. Al no convocarnos a hacer algo con él, sencillamente nos deshace. La pétrea inmovilidad del anciano retrata acabadamente la atroz hegemonía de un tiempo liberado

¹³ Jean Améry, ob. cit., ps. 28 y 29.

de todo control subjetivo. Reconquistada la relación laboral con el tiempo, reaparece el presente: es el escenario en el que se juega nuestra relación con el futuro. Nuestra posible experiencia de la vejez como tarea y ya no, primeramente, como ceniza de la vida que se fue.

Estamos hipotecados por una educación enajenada, reacia a lo complejo. Es la que nos dicta con tono autoritario el miedo a la muerte. Ese miedo cuya brutal hegemonía abreva en la incapacidad de concebir nuestra propia singularidad con otra hondura que la del instinto de preservación. Desmoralizados, impotentes, nos entregamos a la vejez como quien se deja ir por una pendiente o es arrojado al vacío, a pesar de sus resistencias. Así procedemos, no sólo abrumados por lo inconcebible, incapaces de reconocer en su presencia, en su incidencia sobre nosotros, otra cosa que una fuente de pesar y desconsuelo. También lo hacemos aturdidos por una insondable ignorancia de la naturaleza del tiempo, sin cultura, agobiados de prejuicios, incapaces de reflexión: “*Ignorancia, pobreza y vejez* –escribe George Minois– *forman parte de la galería de pesadillas que la humanidad, todavía en nuestros días, intenta en vano exorcizar*”¹⁴.

¿Puede, en consecuencia, situarse el debate en torno a la vejez en el terreno pragmático en que se lo quiere exclusivamente inscripto? Repito: no se trata de renunciar a los fecundos abordajes clínicos con que ya contamos ni a aquéllos con los que, eventualmente, podríamos llegar a contar. Se trata, en cambio, de operar con ellos en un marco de comprensión filosófica más amplio. Dentro de un horizonte imaginativo más rico que el ofrecido por las políticas que reducen lo posible a lo paliativo. Se trata de aliviar el dolor a fin de vivir y no de vivir a fin de aliviar el dolor. Este paso innovador solicita que nos abramos al estatuto metafísico de la vejez. Que aprendamos a frecuentar un poco mejor sus complejos

¹⁴ George Minois, *Historia de la vejez*, Nerea, Madrid, 1989, p. 138.

escenarios espirituales. A ponderar con mayor sutileza su espesor moral. Para ello habrá que volver a preguntarse qué significa habitar la vida humanamente.

“El hombre que envejece –apunta Jankélévitch– no aprende nada que ya no sepa, pero descubre la triste verdad bajo una dimensión nueva y bajo una luz nueva. [...] El concepto abstracto de la muerte se revela de repente al hombre como un acontecimiento efectivo. [...] Quien envejece no abandonaría la esfera impersonal de los lugares comunes y de las piadosas banalidades si no comprendiera, en su realización, el vínculo con su muerte-propia. Un saber cerrado es también un saber que no concierne a nadie en particular; el concernimiento vivido, y vivido en primera persona, es la condición esencial de tomarse-en-serio, y a fortiori de tomarse-trágicamente”¹⁵.

Así es: nuestro asunto resulta indiscernible si no recae sobre él, primeramente, una mirada trágica. Una mirada que afronta lo irremediable y lo reconoce. Sólo si se le ha hecho lugar y se arriesga uno a quedar congelado en ella puede luego, esa mirada trágica, dar paso a una mirada dramática. A una mirada cuya condición de posibilidad es siempre enigmática y que promueve el pasaje del dolor al sufrimiento al personalizar la experiencia de lo radicalmente vivido. Sólo cuando la muerte se vuelve efectivamente mía, cuando advierto que me atañe de modo indelegable, entonces y únicamente entonces puede tener lugar el emprendimiento capaz de llevarme a descubrir mi vida, ya no como sucesión extenuada de hechos, sino como conjunto a ser constituido. Mi vida como lo cumplido que pide consideración, concebida ahora como ese todo que sólo entonces ella es. Una consideración que antes de este momento no me era posible brindarle porque tal conjunto aún no estaba temporalmente conformado. Pues el límite representado por la inminencia de la muerte propia no había sido aún incorpo-

¹⁵ Vladimir Jankélévitch, ob. cit., p. 203.

rado. Mi muerte, en suma, como lo que aquí está, como lo que se ha hecho presente. Mi desventura como última aventura.

La dignidad, asegura Jean Améry, no se alcanza escapando a la vejez, sino refutando la mentira y asumiendo como propia, íntimamente, la experiencia de la significación (inagotable) de lo que se está viviendo. *“Quien intenta vivir la verdad de su condición de individuo que envejece renuncia a la mentira, pero no escapa por ello a la ambigüedad que se ha de revelar finalmente como una contradicción abierta. Asume la anulación sabiendo que, al asumirla, sólo se puede conservar a sí mismo rebelándose en su contra, pero sabiendo también que, y aquí se muestra la aceptación como afirmación de algo irrefutable, su revuelta está condenada al fracaso. Dice “no” a la anulación y a la vez la afirma, pues sólo en la negación sin perspectiva puede afrontar lo inevitable en tanto que él mismo. No se pierde en la indiferencia de la normalidad que le hace perderse a sí mismo, ni busca refugio en el manicomio, no se engaña con una máscara de juventud ni con la mentira del idilio de la vejez. Es, como lo dispone la sociedad, lo que es, una nulidad, y precisamente en ese reconocimiento del ser que es, es aún alguna cosa. Convierte en asunto propio la negación por la mirada de los otros, y se levanta en su contra. Afronta una empresa irrealizable. Esta es su ocasión y quizás la única posibilidad de envejecer realmente con dignidad”*.¹⁶

Es posible, pues, reencontrar la vertiente dramática de la vida aun en el envejecimiento sin que ello implique presumir que podemos desentendernos de lo que en ella hay de trágico. Esa vertiente dramática no es la del dolor (que no hace sino destituirnos) sino la del sufrimiento (que nos permite restituirnos). La del sufrimiento concebido como un obrar interpretativo sobre lo que férreamente nos determina. A su modo, el sufrimiento nos sustrae al yugo paralizante de esa determinación sin que, no obstante, podamos

¹⁶ Jean Améry, ob. cit., p. 92.

abstraernos por completo de ella. Mientras la abstención de lo más humano tenga lugar y el sentimiento del tiempo no sea reconocido sino maníaca o melancólicamente, me temo que el viejo, entendido como persona, seguirá sin interrogarse y sin ser interrogado. Y así será, como digo, a pesar del vastísimo repertorio de atenciones que en tantas partes y en tantos sentidos se le dispensan. Es que la escala axiológica de nuestro sistema social, al subestimar al viejo como productor y protagonista, lo clausura en la pasividad. Caratulado como lo pasivo, se lo condena al mutismo de los objetos, al olvido profundo con que se inviste a los trastos. Y ello aun cuando se le sonría e higienice y entretega. El viejo es uno más entre los incontables ajusticiados por nuestro “estilo de vida”. Víctor Alba ha insistido con razón en la necesidad de meditar las equivalencias entre Tercer Mundo y Tercera Edad¹⁷.

IV.-

En el centro del intrincado paisaje de la vejez está implantado pues, como significante primordial, la muerte. La muerte concebida como manifestación de la vida que va abundando en mí a medida que los años transcurren.

La muerte como abundancia no es ante todo desenlace, *mi* desenlace. Es lo que sólo viviendo prospera en mí, se expande en mí y me afecta. Cuando expire, por lo tanto, mi muerte se acabará. No será entonces lo que termine con mi vida sino lo que se extinguirá con ella. Vida y muerte no son, pues, cosas que se sucedan en el tiempo. Son coetáneas, simultáneas. Con la vida que me deja, me deja también la muerte, esa agonía que se nutre de mi fortaleza.

¹⁷ Víctor Alba, *Historia de la vejez*, Editorial Nerea, Madrid, 1989, p. 138.

No hay un después de la muerte para nadie. O, mejor, sólo para nadie hay un después de la muerte. Nadie son nuestros despojos. Ese nadie que, antes, fuimos nosotros. Nadie es el único protagonista de esa ulterioridad. No vamos, pues, hacia la muerte sino con ella hacia la nada. Hacia la desobjetivación absoluta, hacia nuestra ausencia radical. Hacia una exterioridad que absorberá por completo lo que ya no seremos, en estricto sentido, nosotros mismos, y de la que únicamente así, anonadados, formamos parte. No es la muerte, en consecuencia, la que al final del camino nos espera sino la que con nosotros se evapora cuando a él llegamos. Su faena está cumplida en la medida misma en que lo está nuestra vida. No nos aguarda, nos constituye. Sus ojos, como escribió Pavese y ya recordé, son los nuestros. Quien nos los cierre, cerrará los ojos de la muerte.

*“La presencia de la muerte en la vida –advierte Jean Améry– es el lento marchitarse del que envejece”*¹⁸. Con el pasaje del saber descarnado de la finitud a la vivencia que de sí mismo cada cual alcanza como ser finito, accedemos, en los términos de Améry, al “horror” de ser tiempo. La intensidad con que entonces llegamos a protagonizar lo que advertimos, nos transfigura. Ya no es entonces un saber sino una revelación. Compromete por entero nuestro ser. No se trata de algo que tenemos sino de algo en cuyas manos estamos. Se adueña de tal modo de nosotros que ya no podemos distinguir nuestra identidad de su potencia hegemónica. Somos entonces, por entero, lo que ella significa: vejez. ¿Cómo perseverar, si así es, en nuestro ser sin promover, al unísono, su extinción? Brindémosle mayor cercanía a la verdad con que cabe responder a esta pregunta, leyéndola en los versos melódicos de Quevedo: *“Vive muerte callada y divertida/ la vida misma; la salud es guerra/ de su propio alimento combatida.// ¡Oh, cuánto, inadvertido el hombre yerra,/ que en tierra teme que caerá la vida,/ y no ve que, en viviendo, cayó en tierra!”*¹⁹

¹⁸ Jean Améry, ob. cit., p. 135.

¹⁹ Francisco de Quevedo, “Repite la fragilidad de la vida y señala sus engaños y sus enemigos”,

Si la libertad, como Hegel quiso, es conciencia de la necesidad, el viejo que se sabe como tal y el hombre que se sabe envejeciendo, serán libres en la medida en que puedan apropiarse testimonialmente de cuanto de inevitable les sucede. Es así como se consume, según proponen estas páginas, el pasaje del dolor al sufrimiento. Así, como lo abrumadoramente padecido se convierte en experiencia. Lo que anodada al sujeto en lo que el sujeto protagoniza. Sin embargo, el horror de lo ocurrido puede también dar lugar a esa modalidad de la evasión de la verdad que es la rutina. “Este horror que forma parte de nuestra naturaleza humana profunda es superado, no obstante, por la cotidianidad”²⁰. ¿Pero hasta qué punto ello es factible? Con frecuencia advertimos que se trata de una estrategia cuya eficacia vuelve a verse estrangulada por la inclemencia del espejo. Oigamos, al respecto, a Simone de Beauvoir: “*Un día, a los cuarenta años, pensé: ‘En el fondo del espejo me espía la vejez. Es fatal, me atraparé. Y me atrapó’*”²¹

La resistencia ante lo irremediable sólo puede cumplirse cabalmente como expresión. Al nombrar lo ineludible, aunque sólo sea en escorzo, el hombre radicaliza su inscripción en lo humano. Nombrar es, en este orden de cosas, el obrar extremo.

Dar testimonio es mucho más que matizar la pasividad que nos impone lo insalvable. Es reinscribir lo que no tiene remedio –la vejez en este caso– en el campo de una ponderación que, al desplegarse, devuelve protagonismo a quien la vive. Al dar testimonio, quien lo lleva a cabo conquista el don de resignificar lo que le arrebató toda significación. Equivale, por eso, a incursionar, como sobreviviente del silencio que extermina, en el escenario de una libertad que no por acotada es menos decisiva: la de la propia heteronomía. Implica deslizarse hacia un otro –el testigo– que

Antología de la poesía universal, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1978, ps. 51 y 52.

²⁰ Jean Améry, ob. cit, p. 45.

²¹ Simone de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1963, p.146.

bien puede llegar a ser cada uno de nosotros cuando la mismidad, por obra del tiempo que aniquila, ha conocido su quebranto, el derrumbe de su invicta unidad imaginaria.

Dar testimonio de cuanto nos atañe como ancianos es llevar hasta el límite de la extenuación el ejercicio de una última alteridad posible. Reconfigurarse y recomfortarse en el cumplimiento de una aventura final inigualable, que es la de sabernos inmersos en lo que nos ocurre. Ella y sólo ella vuelve a hacer del avasallado por los años, un sujeto libre. Libre durante un instante supremo en el cual ese hombre se repone del impacto con que lo irremediable lo depone. Él es, ahora, el que dice lo que le pasa. En tal medida es otro que aquel que sólo se agota en lo que le pasa. Se trata, en los términos de Vladimir Jankélévitch, del “*vislumbre metafísico de nuestro destino de finitud. Interpretación inmediata de una señal precursora, este vislumbre es también previsión y profecía*”²². De modo que si es cierto que la muerte es, para nosotros, un significativo que nos busca y acosa sin entregarse por entero a ningún significado, no menos cierto es que ese significado, sea el que fuere y por pobre que fuere, nos sustrae al silencio en el que la muerte, como significativo inapresable, quiere ahogarnos.

El tiempo que nos constituye es el mismo que nos destituye. Su comprensión usual jamás nos reconciliará con él. Podremos hacerlo, en cambio, si dejamos de entenderlo como duración para empezar a reconocerlo como intensidad. Ni el tiempo ni el hombre duran. No son sino transfiguración. Antes, pues, que al plano fáctico, el hombre y el tiempo pertenecen al orden simbólico. Lo singular de nosotros, lo que hace de nuestra condición una instancia humana, es que no consistimos en ser sino en significar. Como signo que va en pos de su significado, el hombre está llamado a constituirse como tal en el campo de la valoración. En él la duración como norma o criterio nada puede ofrecer. Porque lo que vale

²² Vladimir Jankélévitch, ob. cit., p. 204.

no vale solamente mientras dura. Vale, a veces, aun antes de ser, después de haber sido y, en último término, con entera independencia del hecho de ser, puesto que opera también como paradigma, como anhelo, como evocación.

El propósito del hombre, concebido como signo en busca de significación, es el de apersonarse. El de hacerse presente. El presente es la instancia de la significación. El escenario donde cada uno de nosotros algo quiere decir, algo puede significar. Ganar realidad es para el hombre, tal como Martín Buber lo advirtió, ser reconocido en su personal singularidad. Quien de mí dice *Tú* con todo su ser, todo lo dice de mí²³.

“La insignificancia a la larga se vuelve insufrible, el ser humano aspira a existir para los demás. La innegable aversión de los jóvenes por los ancianos, convertida en respeto, transforma la respetabilidad de estos ancianos en una pálida convención. Posiblemente sea terror ante la nada, oposición a un ser nada que se ha introducido ya en el ser. [...] El mundo aniquila al que envejece y lo convierte en un ser invisible que pasea por las calles. [...] La mirada de los otros, que lo atraviesa como a una materia transparente, lo convierte en nada, lo destruye”²⁴.

Para lograr una reconciliación posible y siempre insuficiente pero necesaria con el tiempo, que nos constituye y destituye, hay que destronar su actual comprensión. Es preciso replantear la cuestión de su valor. Dejar de entenderlo primordialmente como duración y empezar a reconocerlo como intensidad.

Antes que al plano fáctico, el hombre pertenece, por obra del lenguaje, al orden simbólico. Lo singular de cada uno de nosotros, lo eminente de nuestra condición humana, no consiste en ser, como bien lo ha probado Levinas, sino en significar²⁵. La pregunta

²³ Martín Buber, *Tú y yo*, ediciones Galatea Nueva Visión, Buenos Aires, 1960.

²⁴ Jean Améry, ob. cit., p. 84.

²⁵ Emmanuel Levinas, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987.

fundamental, en consecuencia, no es *qué soy* sino *qué significo*. Y *para quién significo*.

El hombre, como ente entre entes, sí está destinado a la duración. A verse conformado, impuesto y depuesto por el devenir, tal como, sin que lo sepan les ocurre a los individuos de cualquier otra especie. En el campo de la valoración, por el contrario la duración ya no es lo sustantivo. Lo decisivo es encontrar sostén en una mirada que lo signifique. Ganar realidad como aquel que, por sobre cualquier otra determinación, opera como revelación para su prójimo y, en consecuencia, para sí mismo. Es de tal modo, que el hombre ingresa a su realidad específica.

V.-

La vejez, entendida como experiencia intensa antes que extensa del tiempo, es decir como materia de la conciencia simbólica, *prueba* el desarraigo humano del mundo natural. Lo que nuestro gradual marchitarnos tiene de sabido como cosa irreversible, nos sustrae a la naturaleza. Vuelven las estaciones, los ciclos periódicos de la vida natural. Pero nosotros, cada uno de nosotros, nos sabemos yendo para no regresar. Nuestra singularidad se sabe expuesta a la agonía, disolviéndose sin remedio en lo indiferenciado. “*La melancolía sublime de nuestro destino*”²⁶, como tan bellamente la designara Martín Buber, consiste en ese pesar de saberse encauzado hacia un agotamiento personal irreversible. Agotamiento a cuya intolerancia tanto contribuye la empecinada idolatría, sabida o no, del principio de identidad. Ése que nos dice que toda cosa no es sino idéntica a sí misma, o la de aquel otro que nos asegura que no es posible ser y dejar de ser al mismo tiempo.

²⁶ Martín Buber, ob. cit., p. 92.

La autoconciencia de la vejez es esta experiencia subjetiva de lo real sin sujeto obrando en nosotros. Sobre el sujeto único y significativo que somos cada uno.

Este obrar anónimo y sin embargo inconfundible nos habla desde nuestro cuerpo expropiado. Me habla como lo que puede conmigo. Como lo que me despoja de mí mismo. Como lo que me devalúa y, en esa medida, me abstrae. Como lo que me priva progresivamente del sentido que me diera fundamento y que ahora es devorado día a día por esa nada de significación que me posee y en la que me voy convirtiendo.

¿Nada me resta? Si soy capaz de valerme de ella, me resta la palabra. Mi palabra de agonizante. Mi testimonio de hombre en manos de la vejez. La palabra inspirada en mi sentimiento del tiempo como intensidad en lucha con las tensiones de la duración. Me resta la posibilidad de la mirada retrospectiva. El empeño en alcanzar una visión de conjunto en la que mi verdad como sujeto puede llegar, precisamente por ser conjunto, a revelárseme transfigurada.

Ya no se trata aquí de lo que pueda decir yo de mi vida, sino de lo que mi vida, esa totalidad desplegada, puede decir de mí. Sólo alcanza a disponer de esa mirada quien está a punto de ser desterrado del mundo de la significación. Los años, entonces, no contarán para él del mismo modo que para aquel hombre mayor que sólo cuenta sus años y, en fuga perpetua, implora por una sostenida distracción sin sustancia. Viejo, del latín *vetus-eris*, también connota, entre otras acepciones, la idea de veteranía. Lo propio del viejo que aprende a serlo, es hacer de su trayectoria cumplida una experiencia inédita que lo solicita como intérprete. Que le demanda lo que de él no ha tenido todavía y es una interpretación de conjunto, un balance final en términos de significación. Pero esta aprehensión faltante de lo vivido sólo se impone como indispensable allí donde no hay resignación. No se trata, sin embargo, de renegar de lo que sucede. Se trata de inscribir lo que nos sucede

en el orden de lo que nos interroga. Se trata de callar solo después de haber hablado acerca de lo último que nos queda por decir. Tal es el sentido eminente del adiós.

A partir de esta inscripción de la existencia ya cumplida en un orden innovador que no es el de lo concluido sin más sino el de lo concluido que pide una última consideración, la vejez se perfila como labor posible y, con ella, el pasado vuelve a transformarse. Deja de perfilarse como lo consumido que nos precede para invitarnos a un ejercicio de reapropiación de lo que ya tuvo lugar, similar al que cumple el historiador al revitalizar lo pretérito mediante los interrogantes nacidos de su propia actualidad. *“Necesito silencio para reflexionar. No me avergüenzo de parecer desatento a lo que se trama a mi alrededor. Algunos familiares me echan en cara que no conteste a sus preguntas. Lo que ocurre es que me hacen preguntas que no me conciernen y para las cuales, por otra parte, no tengo respuesta. Como apenas salgo de mi casa, atribuyen mi inmovilidad al cansancio y a una falta de curiosidad. Insisten de una forma conmovedora. El autocar espera. Alaban su comodidad y han previsto un almuerzo exquisito para el mediodía. Los acompaño lentamente hasta el autobús. No sospechan que emprenderé otro viaje que me llevará hasta la infancia. Mi pasado aún no ha adquirido forma. Aún tengo que recorrerlo, acabarlo, vivirlo con unos colores más vivos. Me permito adornarlo con conocimiento de causa: un poco más de dorado en las miseses, una maestra de escuela más sonriente de lo que en realidad fue y el yunque del herrero resonando con más fuerza. Atranco la puerta de mi dormitorio. Cuando me molestan, me cuesta acercarme a mi adolescencia. Hay escritores a los que su familia procura no distraer: <<Cuidado, está escribiendo>>. En lo que a mí respecta, los míos deberían emitir un <<¡chitón!>> cuando alguien viniera a importunarme y decir: <<Cuidado, está soñando>>.”*²⁷

²⁷ Pierre Sansot, *Del buen uso de la lentitud*, Turquets Editores, Barcelona, 2001, págs. 112 y 113.

Cuando la vejez se reformula como tarea, el pasado nos propone volver a pronunciarnos. Haciéndolo, nuestro presente, al unísono, renace. Ya no se da a conocer como residuo sino como algo vivo todavía. De modo que el hombre es humano no en la medida en que va hacia la muerte sino en la medida en que va hacia la expresión. Sólo inscrita en la expresión, la muerte se humaniza. Sólo cuando ella pugna en nuestro espíritu por convertirse en significativa, en decirnos algo de nosotros mismos, que acaso nunca terminamos de entender.

Cuando la muerte se pronuncia de este modo –en primera persona del singular–, se convierte en un decir al que el tiempo como intensidad ha dado vida; esa vida que tiempo como duración tiende a quitarle.

Hablo, pues, del tiempo ya no como lo que pasa sino como lo que nos pasa. No será entonces la muerte cosa externa que viene a privarnos de nosotros sino lo que viene a constituirnos. A facultarnos para hablar como seres expresivos. A cambio de nuestra entrega a su enigmática verdad, ella a su vez nos brinda la posibilidad de darnos a conocer. *“El que acepta pensar lo impensable (la muerte) posee, no obstante, las palabras, se las quiera definir o no como pensamientos”*²⁸.

Al ser revaluado, el ayer infunde a la actualidad una insospechada potencia protagónica. *“El mundo del pasado, propone Norberto Bobbio, es aquél donde reconstruyes tu identidad. No te detengas. Cada rostro, cada gesto, cada palabra, cada canto por lejano que sea, recobrados cuando parecían perdidos para siempre, te ayudarán a sobrevivir”*²⁹.

Por breve que sea, el porvenir espiritualmente fecundo de cada anciano dependerá, en gran medida, de la relectura que efectúe de su propio pasado. Releer no implica volver sobre lo sabido,

²⁸ Jean Améry, ob. cit., p. 120.

²⁹ Norberto Bobbio, ob. cit., p. 73.

sino ir en pos de lo ignorado en lo sabido. Aspirar a la transparencia de lo latente en lo manifiesto. La trayectoria de una vida no puede ser objeto de una consideración radical por parte de quien la ha cumplido, hasta que se reconoce la cercanía de la hora del adiós. Esa cercanía, inconfundible para quien la presiente, anuncia que el momento de tal relectura se ha hecho posible. Ésta constituye el preámbulo de la despedida. En tal sentido, si una vida vivida no necesariamente es una vida recapitulada, una vida recapitulada siempre será, en cambio, una vida plenamente vivida.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Horacio Sanguinetti

...la habitualidad con la que nos deslumbra, con su capacidad filosófica, y cómo ha tratado este tema tan profundo, lo que todos sentimos, meditamos, sufrimos, y gozamos también. Nos ha planteado un cuadro bastante negativo, estamos todos medio golpeados por lo que ha dicho, yo particularmente que en los próximos días voy a cumplir 80 años, voy a entrar ya a la última etapa, ya no hay tercera edad, cuarta, quinta edad, pero debo decir que lo hago con mucha alegría. Yo siempre deseé llegar a los 80 años y voy a llegar a menos que en los pocos días que quedan ocurra algo, como se dice habitualmente. Llego con alegría, y digo que siento a veces una profunda gratificación por cómo llegan a mí los jóvenes, puede ser que después de haberme dedicado mucho a la docencia me encuentre mucho con exalumnos. Esta mañana estuve en la Facultad de Derecho y fue muy gratificante el modo en que recogí una serie de simpatías que de vez en cuando lo hacen a uno revivir y seguir actuando. Todos sabemos que de viejos tenemos que seguir actuando, seguir esforzándonos por hacer nuestras cosas y conservar un aspecto de nuestra gran alegría infantil. Y ya que el académico Kovadloff mencionó a Bobbio quiero con-

tar una anécdota que me conmovió mucho, cuando Bobbio vino para inaugurar la carrera de Ciencias Políticas y fue el acto en la Facultad de Derecho. Estábamos ahí esperando que el acto empezara cuando él vio que alguien tenía un diario La Razón que decía “Centenario de Salgari”... y dice “¿cómo conoce a Salgari?”... bueno a partir de ahí no se habló más de ciencia política, no hicimos más que hablar de Salgari, y como tengo mi costado infantil salgareño también, pese a que era muy mal literato, Salgari tenía esa fantasía extraordinaria. Conservo cosas prodigiosas como los dibujos que hacía José Luis Salinas en la Nación. Tuve que hacerle una fotocopia a Bobbio para el día siguiente, se lo llevé al hotel donde esperaba dejarlo e irme, dejé el auto con la puerta abierta y mi hijo adentro, entré y pedí –entreguen esto al doctor Bobbio. En eso cae una mano sobre mi hombro que era él que lejos de dejarme ir me sentó a tomar un café y estuvimos charlando media hora. Dejé a mi hijo solo en el auto con la puerta abierta, y todos los filósofos del Derecho sentados en otra mesa esperando que yo terminara de hablar de Salgari. Cuando él murió saqué una nota en *La Nación* destacando este aspecto y con gran emoción cómo ese hombre extraordinario del Derecho, pensador del Derecho, politólogo extraordinario conservaba este costado infantil que lo humanizaba extraordinariamente. Gracias Kovadloff, ha estado usted como siempre brillante en el fondo y en la forma también que no es poca cosa.

Académico Luis Alberto Romero

Le agradezco mucho a Santiago Kovadloff su maravilloso texto. Debo confesar que no me resulta fácil desprenderme de la magia de su palabra y su lectura. Tampoco me resulta fácil superar el bajón anímico por el *memento senectute*. Haré dos observaciones.

La primera es esto del “viejo”, y la vejez. Debo repetir, casi literalmente, lo dicho en ocasión de la presentación de M. Serrafiero. Construimos un colectivo –la vejez– del cual luego predicamos cosas diversas, que se aplican a veces a una parte de ellos, y en las restantes a la otra parte. Lo mismo ocurre con la manera en la que –se nos dice– la sociedad trata a los viejos. En algunos casos se habla de la segregación, la ignorancia; en otros aparece la idea de dignificar la condición de viejo, con el reconocimiento de la *seniority*, por ejemplo en las entradas a los museos, lo que me parece un logro encomiable de la civilización.

La otra duda es que parece difícil hablar de estos procesos subjetivos de la vejez cuando uno no los ha vivido. Me refiero a lo que suponemos que es la experiencia de otros, como la senilidad, de la que estamos todos muy lejos. Algo parecido me pasaba cuando era más joven y estudiaba la cultura de los sectores populares, algo de lo que no tenía experiencias. En suma, creo que hay una gran distancia entre hablar de afuera y hablar de adentro. Por eso el maravilloso libro de Bobbio *De senectute* es un extraordinario testimonio.

También me parece interesante en el planteo la agudeza con que se marcan dos procesos de cambio. El primero es el de la percepción de la llegada de la vejez, ¿qué momento? Algo que va transcurriendo gradualmente. Pero Kovadloff señala que hay un momento en que se toma conciencia súbitamente: no que se está envejeciendo sino que se es un viejo. El otro es el de la toma de conciencia de haber entrado en el trayecto del retorno de la vida, y eso también me parece que hay que haberlo experimentado para entenderlo. Lo del trayecto de retorno tiene su complejidad. Quienes estamos acá creemos que estamos todavía descubriendo cosas nuevas. Es el tercer proceso que señala el autor al final con esperanza, es el de recuperación de un lugar distinto para instalarse y mirarse, con la ventaja de que uno puede pensar cosas nuevas sobre sus experiencias pasadas. Es una idea brillante, de la que quiero dar un ejemplo.

Tulio Halperín Donghi murió hace menos de un año. Tenía 94 años y estaba en plena actividad. Siempre fue reacio a mostrarse y a hablar de sí mismo. Pero en los últimos años empezó a reconstruir su vida y luego a explicarse por qué él estuvo donde estuvo, y las cosas ocurridas que fueron modificando su destino. En su último texto, referido a un tema muy distinto, explica un poco intempestivamente de qué modo el surgimiento del peronismo le cambió la vida. Me doy cuenta que él, en el final de su vida, encontró ese otro universo que es volver a pensar lo que el había hecho, investigado, enseñado y escrito, ahora en clave personal. En la experiencia de otro reconocí el punto señalado por Kovadloff al final de su exposición.

Académico Alberto Rodríguez Giavarini

Uno siempre agradece pertenecer a un cuerpo como esta Academia, pero hoy particularmente me siento muy feliz, compartir la mesa con todos ustedes porque se nos ha servido un manjar temático exquisito. Gracias académico Kovadloff. Lo único que puedo decir es que básicamente, después de este golpe que he recibido, sé que lo mejor está por venir, pero de eso no voy a hablar. Tuve el privilegio, la gracia, de criarme en una familia con abuelos presentes, aparte de mis padres, por lo cual para mí la presencia de los mayores es un hecho natural en la vida y tuve la dicha de convivir con ellos durante mucho tiempo de mi adultez. Pero el hecho que quería señalar, que me prepara para no colapsar después de la charla de Kovadloff, es que un director espiritual que tuve de muy joven me dio un libro recomendándome que lo leyera en cada década que cumpliera, que fue el libro de Romano Guardini “Las edades del hombre” o el segundo título “La aceptación de sí mismo”. Y hoy nos ha llamado Kovadloff a aceptarnos a nosotros mismos en el aquí y ahora en que nos toca vivir. Este

es un tema absolutamente apropiado para discutirlo en esta Academia porque creo que estamos afrontando un cambio de paradigma y los signos de que se está cambiando de paradigma son muy evidentes. La crisis que vivimos, por ejemplo en las discusiones que en las últimas Encíclicas papales se han desarrollado, sobre la sociedad de consumo, que tiene que ver con lo que recién nos hablaba el académico. Haber convertido al hombre solamente en ciudadano y al ciudadano solamente en consumidor es una opción filosófica que ha acotado mucho el horizonte para integrarnos de una manera distinta y sobre todo a esta edad donde dejamos de consumir bienes inferiores y pasamos a consumir los bienes superiores del espíritu, por eso la prevalencia de lo axiológico. Esto me lo digo a mí mismo y anticipo que va a ser mi visión en la presentación que me ha encomendado esta Academia en el tema sobre la pobreza. ¿Por qué digo esto? Porque nosotros deberíamos dar un testimonio de luchar en este cambio de paradigma de alguna manera como lo están haciendo muchos valientes, entre otros el Santo Padre Francisco, cuando el otro día en la reunión con los ancianos dice que ellos son el futuro y sienta a los abuelos en la plaza de San Pedro en un sol protagónico, lo que nos está marcando es que en este cambio de paradigma hay un espacio particular para los mayores que son los que nos han transmitido a todos nosotros, la sabiduría y el tesoro del conocimiento. Y para nosotros, bajando al plano muy operativo, creo que hay una tarea muy concreta, primero y fundamental consistiría en que los que ya estamos grandes dejemos de ser negadores tozudos y que abramos con serenidad la puerta a aquellos que deben ocupar el lugar que nosotros en algún momento ocupamos. Todos los cuerpos colegiados a los que pertenezco tienen la misma crisis, que es la renovación. Preguntémonos por qué tenemos una crisis de renovación. Muchas veces la crisis la generamos nosotros con nuestro deseo de no ser renovados. Estoy por la apertura y la renovación, y esto no quiere decir tirar la experiencia por la borda, sino lograr ese delicado equilibrio que es una de las tareas fundamentales que

nosotros tenemos y en la que nadie nos puede sustituir: hacer esta transferencia de testimonio para que se haga dignamente, pacíficamente, para que sea fructífera en el futuro. Y esa transferencia no es sólo a nivel académico que es indispensable en la República Argentina, lo es también en la política, lo es también en educación y las cátedras, y lo es también en las familias. Termina el libro de Romano Guardini en una magnífica parábola que dice que empezamos en pañales y que terminamos con pañales. En referencia a que la última etapa es casi ceder todo el protagonismo al otro: que nos cuiden, dejando que el otro ejerza la maravillosa caridad de seguir atendiéndonos y seguir cuidándonos sin poder devolverle nada. ¡Se necesita gran humildad y anonadamiento! Nuevamente lo digo, si hay un lugar en el cuerpo académico de la República Argentina, donde este tema debe ser ahondado, debe ser tratado, y por eso hoy es un día de regocijo, es en esta Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. De nuevo muchas gracias Kovadloff y a todos los que han hablado.

Académico Leonardo Mc Lean

También quiero agradecer al académico Kovadloff por la conferencia estupenda que ha dado. Estoy por cumplir próximamente los 82 años y me entero esta noche que soy un anciano. No como Sanguinetti que le faltan unos meses más para darse cuenta de eso. Quisiera compartir algunas reflexiones que he hecho, no es que sea un tema que me preocupe la vejez, si no que me ocupa y lo he pensado mucho en los últimos años y creo que existen varios factores, no creo que haya ninguno primordial pero que ayudan e influyen en aceptar esta situación o no. Uno de los factores importantes, no el principal, la salud tanto física como psicofísica, el estado financiero del anciano, que eso es una cosa que lo puede ayudar a alentarlo o deprimirlo. Otros factores, como lo que no-

sotros hemos cosechado después de lo que hemos sembrado en la vida, como puede ser la familia, la profesión, el prestigio en la misma que pudiéramos haber alcanzado, otro factor importante las amistades, considero que es algo muy importante, el grupo de amistades que podamos tener a pesar de esta edad,. Todavía tengo varios; soy muy amigo de la gente joven; con mis hijos tengo una gran amistad. Me siento lleno de proyectos que no sé si voy a alcanzar a cumplirlos. El otro factor, creo que en los creyentes, es estar preparados para el último viaje, sabemos que esto no acaba acá, y que algún día esperemos que alguien nos abra la puerta con una sonrisa y que nos reciba. Por eso siempre digo que tenemos que tener las valijas preparadas porque no sabemos cuándo va a ser el momento que vamos a tener que rendir cuentas. Muchas gracias Kovadloff porque ha sido estupendo y a los demás que opinaron.

Académico Molina Pico

Felicito especialmente al académico Kovadloff por la brillante exposición que nos trajo, por lo menos a mí, a la realidad; aunque ya me he declarado un anciano convencido. Marco, tomando un poco también las palabras del académico Rodríguez Giavarini, una cierta incoherencia en la sociedad actual y en la forma en que está organizada, porque los ancianos hemos pasado de ser el centro, el sabio de la tribu, a ser un actor de primera línea, luego un actor de reparto y finalmente un simple espectador que va cediendo su lugar a otro nuevo paradigma que es la juventud y la innovación, haciendo presente que la juventud es una enfermedad que se cura con el paso del tiempo, pero simultáneamente con el desprecio de la persona de mayor edad. Casi toda la teoría económica y de gestión empresarial moderna, sobre todo la que viene del Norte, impone un límite de edad como algo imprescin-

dible para el funcionamiento del sistema y no me refiero quizá, como decía el académico Rodríguez Giavarini a una renovación generacional por límite de edad que puede aparecer como lógica, sino que a los 45 años, o a los 50, se desplaza de la sociedad productiva a una cantidad de gente a la que se pone automáticamente fuera de todo esquema de valor económico, mientras que, los verdaderamente ancianos se encuentran imposibilitados de adquirir o seguir viviendo con los valores que decía el académico Rodríguez Giavarini que son los de la espiritualidad, pero que son también aquellos que económicamente más cuestan. Creo que ese es el choque que existe en este momento entre una sociedad centrada en la producción y en el consumo muchas veces artificial y una sociedad centrada en el pensamiento y en el valor de la persona humana a la cual deberíamos pasar.